

el pontificado (1). Temiendo menos á un ejército de infieles que á un puñado de cismáticos, reunió á toda prisa los obispos y los defensores de las iglesias, y los presentó al enemigo. Al mismo tiempo envió muchísimos barcos para aprehenderle por la retaguardia y cortarle la retirada. Observando el emir estas disposiciones, temió caer vivo ó muerto en manos de los fieles, y se fugó con muy pocos de los suyos. Peleó su ejército con obstinacion, y consiguió grandes ventajas por espacio de tres dias; pero al fin tuvo que ceder, y fue derrotado enteramente, siendo tan grande la confusion y desórden de los sarracenos que quedaron todos ellos en el campo de batalla, y no se pudo contar el número de los muertos, ni valuar el precio del botin. La Reina cayó en poder de los cristianos y la decapitaron. El emir irritado, y sintiendo mas que todo este tratamiento inhumano, envió al Papa un costal de castañas, diciéndole que al verano siguiente llevaria contra él igual número de soldados. El Pontífice creyó que podia usar tambien de semejantes jactancias, le remitió un costal de trigo, y le dijo que si no estaba contento con su primera expedicion volviese otra vez y hallaria igual ó mayor número de vengadores.

46. Conoció sin embargo Benedicto VIII que para librarse del temor de los sarracenos, á quienes solian ausiliar los griegos de Italia, era necesario humillar á unos hermanos pérfidos que se armaban contra su madre comun por un efecto del odio con que mi-

(1) *Ditmar. lib. 7. pag. 96.*

raban á los latinos. Habia invadido poco antes una parte del ducado de Benevento el catapan ó gobernador de las posesiones que conservaban los griegos en la Italia meridional, con pretesto de cobrar unos tributos exigidos en nombre del Emperador Basilio; y sospecharon que su verdadero designio era subyugar la ciudad de Roma (1). Careciendo el Papa de un oficial bastante diestro para mandar una expedicion tan importante y arriesgada, supo que habia llegado á sus estados un caballero normando llamado Raulo, que estaba enemistado con el duque Ricardo. Eran conocidos en Italia el valor y magnanimidad de las gentes de aquella nacion desde el año 1000, en que regresando de la tierra santa cuarenta normandos, y llegando á Salerno á tiempo que la habian sitiado los sarracenos, los acometieron con tanta oportunidad y con tanto esfuerzo, que los obligaron á levantar el sitio (2). Y admiró sobremanera el que ofreciéndoles Gaimar, Príncipe de Salerno, unos regalos dignos de los libertadores de la patria, se negaron á admitirlos con una perseverancia invencible, diciendo que el único fin que se habian propuesto era la gloria de Dios y el bien de la Religion. Al ver el Papa, diez y seis años despues de aquel suceso memorable, á Raulo, cuya estatura y semblante era muy parecida á la de aquellos primeros héroes, le dijo para sondearle, que no encontraba entre los italianos una persona capaz de reprimir á los griegos. Ofrecióse á ello el normando: se aceptó la pro-

(1) *Glab. lib. 2. cap. 1.* (2) *Chron. Cass. lib. 2. cap. 37.*

carnes antes de Natividad, otros tantos antes de San Juan, y algunos ayunos extraordinarios, como la vigilia de la Epifanía. Los que quebrantan el ayuno prescrito por el obispo, tienen obligacion, segun el concilio, de dar á comer á un pobre en aquel dia. No puede el sacerdote propio permitir á los penitentes públicos la entrada en la iglesia, ni dividir, sin orden del obispo, la penitencia que les está impuesta. Como habia muchos pecadores que iban á Roma para librarse de las reglas ordinarias de la penitencia, se declara que de nada les servirá la absolucion que allí se les dé, si no cumplieron antes la penitencia que les hubiesen impuesto sus pastores. Y si despues de esto quieren ir á Roma, se les obliga á llevar por escrito el permiso del obispo ó de su vicario, cuya providencia se tomó con el objeto de evitar los desórdenes que se esperimentaban de resultas de los frecuentes viages á Roma.

50. Burcardo de Worms, uno de los padres que concurrieron á este concilio, nos conservó sus decretos en la coleccion de cánones que formó: obra que le dió mucha celebridad, no obstante que no consultó su autor los escritos originales, antes bien se funda muchas veces en las decretales apócrifas, autorizadas entonces á porfía por los jurisconsultos (1). El mismo Burcardo, prelado virtuoso y lleno de celo, da á conocer en el prólogo el objeto de su obra, dividida en veinte libros. Trata en ella por estenso de la autoridad del Papa, de la consagracion y de las

(1) *Vit. Burch. Cum. decr. edit.*

obligaciones de los obispos, del modo de juzgarlos, de los diferentes órdenes del clero, de las iglesias y de sus bienes temporales, y por último de los sacramentos. Era su principal designio instruir á los sacerdotes encargados del gobierno de las almas, dándoles noticia de las penitencias canónicas, en las que no fijaba su atencion, ó tal vez ignoraba el mayor número de los fieles. Explica muy por menor el modo de imponer y de cumplir la penitencia; pero enseña tambien los medios de redimirla, para que no incurriesen en la desesperacion aquellos á quienes parecian imposibles las austeridades. El que no podia ayunar, por ejemplo, debia cantar cincuenta salmos de rodillas en la iglesia por cada ayuno á pan y agua, y dar de comer á un pobre en aquel dia. Tomaba con esta condicion el alimento que juzgaba necesario, á escepcion del vino y de la carne. Tambien se redimian los cincuenta salmos con cien genuflexiones, y los ricos conseguian este beneficio por medio de las limosnas. Pero debemos advertir que estas redenciones ó conmutaciones de las penitencias eran solo para los que estaban imposibilitados de cumplirlas al pie de la letra, y que en todo caso estaba obligado el pecador á castigarse del modo que le era posible.

51. Celebraron otro concilio en Orleans en el mismo año del de Scilingstad, para reprimir en su principio una secta abominable que se formaba en el centro de la Francia (1). Habia en Orleans dos eclesiás-

(1) *Tom. 2. Spicil. pag. 670. = Tom. 9. Concilior. pag. 338. = Glab. lib. 3. = Ademar. Chron.*

ticos llamados Estévan y Lisedo, que gozaban gran reputacion de doctrina y de santidad, y eran conocidos y muy estimados del Rey Roberto. Dejéronse estos seducir, con otros muchos, de una aventurera que habia ido de Italta, y que al mismo tiempo que aparentaba una gran piedad se entregaba á las prácticas mas detestables de los maniqueos y de los antiguos gnósticos. Comunicóse la corrupcion del corazon con tanta rapidéz al entendimiento, que los principales miembros del clero quedaron enteramente inficionados antes que se declarase el mal. Un clérigo llamado Herberto, que habia pasado á Orleans desde Normandía para perfeccionarse en los estudios, fue seducido por los errores de los nuevos sectarios, como uno de sus discípulos mas obstinados. Era vasallo de un caballero normando llamado Arefasto, firme y bien instruido en su religion, y tan hábil político que su Príncipe le habia confiado las negociaciones mas delicadas. Herberto obcecado con el espíritu de fanatismo, juzgó que iba á atraer á su partido un varon tan apreciable, y trató de inclinarle á la nueva doctrina. Pero Arefasto conoció todo su veneno, dió cuenta al duque Ricardo, le pidió que escribiese al Rey Roberto, y procuró cooperar por sí mismo al bien de la Religion en un asunto de tan general interés. Comisionó el duque, de acuerdo con el Rey, á Arefasto, para que partiese á Orleans; y éste sabio y virtuoso caballero pasó por Chartres para consultar al obispo Fulberto, que era uno de los prelados mas instruidos del reino. Pero no estaba en su

capítal por haber salido á emprender la peregrinacion de Roma; y se dirigió al tesorero de la Iglesia, llamado Everardo, hombre muy estimado á causa de su sabiduría.

Siguió sus consejos Arefasto, y juzgó que podia usar de un estratagema para confundir la impostura. Admitiéronle pues, mediante la recomendacion de Herberto, en los conventiculos de los hereges, quienes le dieron el último aliento. Disfrazaron sus dogmas y sus máximas con palabras de la Escritura, y le exhortaron de un modo vago y alegórico á que saliese de las tinieblas en que habia estado sepultado hasta entonces, y á que recibiese con accion de gracias la luz de la salvacion que principiaba á alumbrarle. Escuchaba el caballero normando este discurso con un silencio modesto, y con una apariencia de docilidad que encantaba á sus maestros. Luego que le reputaron del todo convencido, se esplicaron sin figuras, y trataron de delirios las verdades mas santas del antiguo y nuevo Testamento. Dijéronle que el cielo y la tierra, eternos por su naturaleza, no tenian causa ni principio; que Jesucristo no habia nacido de la Virgen, ni padecido verdaderamente por los hombres; que su cuerpo y su sangre no se reproducian por la consagracion del sacerdote; que el pecado no se borra por el bautismo, sino por la imposicion de sus manos, la que comunicaba al mismo tiempo la plenitud del Espíritu Santo; que era inútil hacer oracion á los santos mártires y confesores, y en fin que las obras de piedad eran un trabajo es-

posicion; corrió al punto á Benevento, y animó de tal modo á los habitantes del pais, que desde luego lograron por sí solos unas ventajas de consideracion. Atrajo la fama de estas hazañas un número infinito de normandos á Italia, donde notaremos muy pronto las consecuencias de la primera acogida que recibieron en ella.

Observando Raulo que se disminuían sus tropas con la misma continuacion de sus victorias, y encontrando pocos recursos entre los italianos, resolvió presentarse al Emperador Enrique para hacerle ver el estado de las cosas. Marchó tambien el Papa á Alemania, y llegó á Bamberg á 14 de Abril, dia de jueves santo del año 1020, y no como dicen algunos autores en el año de 1019 en que el dia de Pascua fue el 26 de Marzo. Consagró allí la iglesia de San Estévan, y con esta ocasion dió el Emperador la ciudad y el obispado de Bamberg á la iglesia romana, bajo la obligacion de contribuir anualmente por este donativo con un caballo blanco y cien marcos de plata. Tambien confirmó Enrique las donaciones que habian hecho á la santa Sede sus predecesores, así de la ciudad de Roma como de sus pertenencias, pero con la cláusula de sin perjuicio de la soberanía de los Emperadores.

47. El Papa no se detuvo mucho tiempo en Alemania, de donde inferimos no sin fundamento, á pesar de algunas opiniones contrarias, que Benedicto no aprobó en este viage el concilio de Pavía á que asistió, y el que principió á celebrarse el dia prime-

ro de Agosto del año 1020 (1). No cabe duda de que el Pontífice declamó en él contra la vida licenciosa del clero, y manifestó que los clérigos venian obligados á la continencia, así por las decretales de San Siricio y de San Leon, como por los cánones de Nicea que les prohiben habitar en compañía de las mugeres. Prohibieron de nuevo por consecuencia á los subdiáconos y á los de órdenes superiores el que tuviesen mugeres ni concubinas; y declararon que los hijos de los clérigos fuesen esclavos de las iglesias á que estuviesen agregados sus padres, aun cuando en sus madres concurriese la circunstancia de ser libres. Parecia esta disposicion contraria á la regla del derecho, que fuera del matrimonio legitimo aseguraba al hijo la condicion de su madre, y advirtió el Papa que los legisladores no se habian propuesto hablar de los hijos de los clérigos, porque los clérigos no debian tener hijos. He aquí cual fue, aun en los tiempos mas deplorables, el espíritu de la Iglesia y de toda potestad legislativa, con respecto á la pureza clerical. El Emperador confirmó estos decretos en cuanto tenian relacion con el órden civil, y decretó penas temporales contra los infractores y sus fautores. Condenó á las mugeres y concubinas de los clérigos á ser azotadas y desterradas, para cortar hasta la raiz del mal. Castigó despues de esto á Oton, conde de Hamerstein, á quien sitió en su castillo, desde el que saqueaba los pueblos sujetos á la iglesia de

(1) Tom. 9. Concillior. pag. 819.

Maguncia en odio del arzobispo que le habia escomulgado á causa de un matrimonio ilícito.

48. En el año 1022, cediendo por último á las repetidas instancias de los normandos, del Papa y de los italianos, marchó bien acompañado contra los griegos de Italia que amenazaban á Roma; se adelantó con un cuerpo formidable de ejército hácia la costa del mar Adriático, y envió por el país de los marcos á Poppon, arzobispo de Tréveris, con un destacamento de once mil hombres, destinando á Roma á Filegrim de Colonia con un cuerpo de veinte mil (1). Estaban dedicados estos dos santos prelados por orden de un Emperador igualmente santo, ó mas bien por las preocupaciones de aquellos tiempos, al servicio personal de los ejércitos. Tenia el arzobispo de Colonia el encargo de apoderarse del abad de Monte-Casino, y del Príncipe de Cápua su hermano que se habian puesto de acuerdo con los griegos. Rindióse el Príncipe, llamado Pandulfo, con la condicion de que le conservasen la vida; mas el abad Atenulfo huyó á Otranto, se hizo á la vela para pasar á Constantinopla, pero pereció en el mar (2). Volvió al punto Enrique con la mayor parte de su ejército á ocupar á Benevento y las demás plazas en que habian entrado los griegos, á escepcion de Troya en la Pulla, que sufrió un sitio de tres meses, esperando un socorro ofrecido por el Emperador Basilio. En este estado, viéndose los ciudadanos reducidos al mayor extremo, y temiendo el resentimiento del vence-

(1) *Chron. Sax.* = *Chron. Cass. lib. 2.* (2) *Glab. lib. 3. cap. 1.*

dor, llamaron á un solitario de los muchos que habia en aquella parte de la Italia, y le enviaron al Emperador con todos los niños de la ciudad, quienes iban gritando en lengua griega: *Señor, tened misericordia de nosotros.* El Príncipe que habia amenazado á aquella ciudad osada, prometiendo reducirla á cenizas y mandar ahorcar á todos los hombres que habitaban en ella, contestó al verlos que los padres de aquellos niños eran los autores de su desgracia. Mas presentándose al otro dia estos intercesores inocentes dando voces mas dignas de lástima, no pudo resistir mas el Príncipe piadoso, y vertiendo lágrimas profirió estas palabras del Salvador: *me compadezco de este pueblo.* Habiendo firmado las capitulaciones con la ciudad, pasó con el Sumo Pontífice á la abadía de Monte-Casino. Opinaban que era este empleo de bastante importancia para resolverlos á asistir á la eleccion de un nuevo abad, pero sin oponerse á que los monges le eligiesen libremente segun la regla. Nombraron por sucesor del intrigante y rebelde Atenulfo al dean Tibaldo, que llenó de bienes al monasterio en los trece años que le gobernó. No le permitió lograr mayores ventajas contra los griegos la mortandad que se esperimentó despues en el ejército del Emperador, y le obligó á pasar los Alpes á toda prisa.

49. El dia 11 del año 1022 mandó celebrar un concilio en Selingstad cerca de Maguncia (1). Prohibieron en él á los eclesiásticos decir mas de tres misas al dia. Decretaron catorce dias de abstinencia de

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 844.*